



II. El patrón de desarrollo y los bosques antes de 1952

Este capítulo analiza el patrón de desarrollo de Bolivia antes de 1952 y su influencia sobre los bosques de las tierras bajas. La primera parte presenta las principales tendencias que caracterizaron la economía nacional, destacando el papel de la minería en el desarrollo global y las implicaciones que tuvo para la agricultura. Después, se describe la situación agraria en las tierras altas, con particular énfasis en la tenencia de la tierra, la movilidad de la mano de obra y el nivel de desarrollo de los factores de producción. En tercer lugar, se examinan los aspectos demográficos y su influencia en el crecimiento del mercado interno. La cuarta sección discute el comportamiento de los mercados de alimentos de los productos de las tierras bajas. La quinta sección hace un balance del desempeño de la actividad económica en las tierras bajas, sobre todo en lo que concierne a la agricultura. Finalmente, se resumen los principales factores que limitaron la ocupación de las tierras bajas y, por consiguiente, frenaron la conversión de bosques durante este período.

1. El papel de la minería

En el período anterior a 1952, la sociedad boliviana era fundamentalmente rural; la población rural comprendía el 72%





de la población nacional económicamente activa. Sin embargo, pese a la gran contribución del sector agropecuario a la generación de empleo y al PIB (cerca del 32%), la agricultura desempeñaba un rol secundario en la economía en relación a la dinámica del sector minero, que dependía de la agricultura tanto para el aprovisionamiento de alimentos como de mano de obra (Dandler *et al.* 1987).

La minería del Altiplano constituyó la base de inserción de la economía en los mercados externos. Las exportaciones mineras, particularmente de estaño, eran la principal fuente tanto de divisas como de ingresos públicos. En 1920, la minería contribuyó con más del 90% de las exportaciones, y sólo el estaño aportó el 74% de las exportaciones entre 1926 y 1930 y el 67% en 1950 (Arze 1979; Ibarnegaray 1992; Reye, 1970).

En este período, la balanza comercial tuvo saldos positivos, pero el presupuesto estatal padecía de un déficit crónico debido al bajo nivel de los gravámenes sobre las exportaciones de estaño (Dandler 1984). Los impuestos al estaño fueron de apenas el 4.7% del valor de las exportaciones durante 1900-1909, el 6% en la década siguiente y el 11% para fines de la década de los años treinta. Esto, a su vez, llevó al Estado a endeudarse progresivamente con recursos del exterior para enfrentar el déficit público. En 1930, la deuda del sector público sobrepasaba los \$us100 millones (Arze 1979:257).

Las bajas recaudaciones tributarias restringieron los recursos fiscales para desarrollar la infraestructura vial y ferroviaria, y los escasos fondos que se asignaron para ese propósito se destinaron preferentemente a la parte occidental del país, principalmente para facilitar la articulación de la minería con los mercados de exportación (Dandler 1984). Entre 1880 y 1930, se construyó el sistema ferroviario occidental, con una línea de norte a sur a lo largo del Altiplano y conexiones entre las zonas mineras y los principales puertos de exportación en el Pacífico (Antofagasta y Arica). En menor grado, ese sistema también sirvió para conectar a los complejos mineros con ciertos valles agrícolas que les abas-





tecían de alimentos, y fue complementado con una incipiente red de carreteras, que hasta entrada la década de los '40 se limitó a vincular a los centros mineros con las ciudades del occidente (Oruro, La Paz, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca) y conectar a éstas entre sí (Klein 1982; Reye 1970).

La influencia de la minería en la priorización de la inversión pública impidió que prosperaran iniciativas dirigidas a articular el occidente con las regiones de las tierras bajas, lo que llevó al virtual aislamiento de las áreas potenciales de producción agrícola y pecuaria de los trópicos respecto a los principales centros de consumo urbano en el occidente. A fines de la década de 1930 se iniciaron recién los primeros esfuerzos concretos para establecer rutas de comunicación vial con el oriente, a través de la conversión de una senda de tráfico de animales de carga entre Cochabamba y Santa Cruz (525 km) en una carretera rudimentaria que seguía siendo intransitable en la estación lluviosa (Reye 1970). Otros caminos, de menor envergadura fueron construidos de Cochabamba a Todos Santos, pasando por Villa Tunari, entre 1937 y 1939, además de la ruta de Coroico a Caranavi en los Yungas paceños, entre 1945 y 1953 (Nelson 1977:129).

La vinculación de la red ferroviaria occidental del país con la Argentina y los puertos del Pacífico no sólo posibilitó la exportación masiva de minerales sino que, al mismo tiempo, redujo los costos de transporte para la importación de productos alimenticios y de consumo. La economía minera también presionó para la puesta en práctica de políticas de libre comercio que se caracterizaron por bajos aranceles e impuestos sobre el comercio exterior, y ello también alentó la internación de bienes importados (Dandler 1984).

A fines de la década de 1940 surgieron las primeras manifestaciones de la crisis de este modelo de crecimiento. Esta se desató por la caída en los precios internacionales de los minerales, que se tradujo en fuertes desequilibrios en la balanza de cuenta corriente, el incremento de los empréstitos públicos y la agudización del déficit fiscal. Entrada la década de 1950, el agotamiento de este



modelo se reflejó en el ámbito político con el derrumbe de la legitimidad del sistema estatal, que desembocó en una intensa y extendida movilización social, que a su vez resultó en el resquebrajamiento de las estructuras económicas y de poder tradicionales y en la aparición en el escenario nacional de nuevas fuerzas políticas y sociales.

2. La estructura agraria

En esta época, la estructura agraria en el área andina se caracterizó por la coexistencia de un sistema hacendal con comunidades originarias tradicionales. La expansión de las haciendas resultó de la usurpación de tierras de las comunidades indígenas y éstas se emplazaron mayormente en las tierras de clima templado y en las laderas de los Yungas, aunque en esas zonas también existían propietarios independientes. Las estructuras comunitarias tradicionales sobrevivieron en las partes más altas del Altiplano (CEPAL 1982).

Las haciendas usufructuaron la mano de obra indígena a través de prestaciones de trabajo gratuito y, al mismo tiempo, controlaron los circuitos de abastecimiento de bienes agrícolas para las poblaciones de los pueblos, ciudades y minas. Las relaciones servidumbresales al interior de la hacienda inmovilizaron a los colonos en sus pequeñas parcelas, y el control hacendal de los mecanismos de intermediación comercial impidió que los mismos pudieran relacionarse con los mercados de consumo final, frenando la monetización de sus economías (Rivera 1978). Ambos factores inhibieron el desarrollo del mercado interno.

El Censo Agropecuario de 1950 encontró que en el área andina, de una superficie total de 23.5 millones de ha en fincas, las haciendas poseían el 44% de la tierra (10.4 millones de ha), mientras que las comunidades tenían el 30% (7.1 millones de ha). En ambos casos, las tierras cultivadas eran inferiores al 3% de

la superficie cultivada total, lo que reflejaba la extrema subutilización de la tierra en ambos sistemas de tenencia. También había unos 48,000 productores independientes, quienes disponían del 16.5% de la tierra, siendo el tercer gran sector de propietarios. Este grupo era bastante heterogéneo, pero se estimó que el 84% de ellos disponían de superficies inferiores a 10 ha (CEPAL 1982:12) (ver Cuadro 2.1).

CUADRO 2.1

Número de fincas, superficies total y cultivada por tipo de tenencia, 1950

	Operador solo	Operador con colonos	Arrendatarios	Comunidades	Otros (a)	Total
Andina (b)						
No. de fincas	48,035	7,098	14,561	3,654	420	73,768
Superficie total (ha)	3,884,664	10,443,207	1,588,065	7,138,320	487,681	23,541,938
Superf. cultivada (ha)	91,812	264,811	44,102	168,890	13,029	582,644
Superficie cultivada/ Total (%)	2.36	2.54	2.78	2.37	2.67	2.47
Llanos (c)						
No. de fincas	8,224	1,039	2,070	125	1,151	12,609
Superficie total (ha)	5,641,757	2,257,869	777,818	40,129	490,343	9,207,916
Superf. cultivada (ha)	31,515	25,354	5,570	1,216	7,958	71,613
Superficie cultivada/ Total (%)	0.56	1.12	0.72	3.03	1.62	0.78
Total						
No. de fincas	56,259	8,137	16,631	3,779	1,571	86,377
Superficie total (ha)	9,526,422	12,701,077	2,365,883	7,178,449	978,023	32,749,853
Superf. cultivada (ha)	123,328	290,165	49,672	170,106	20,986	654,257
Superficie cultivada/ Total (%)	1.29	2.28	2.10	2.37	2.15	2.00
No. de fincas llanos/ Total fincas (%)	14.62	12.77	12.45	3.31	73.27	14.60
Superficie total llanos/ Total (%)	59.22	17.78	32.88	0.56	50.14	28.12
Superficie cultivada llanos/Total (%)	25.55	8.74	11.21	0.72	37.92	10.95

Notas: a. Incluye tolerados, propietarios de tierras fiscales, granjas cooperativas y asociaciones; b. Corresponde a los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí, Chuquisaca, Tarija y Cochabamba; c. Corresponde a los departamentos de Santa Cruz, Beni y Pando.

Fuente: MACA/INE/FAO (1985). Elaboración propia.

En 1950, en las tierras bajas la superficie ocupada por explotaciones agropecuarias (excluyendo a los Yungas y el Chapare) era de sólo 9.2 millones de ha, de las cuales menos de 1% se cultivaba efectivamente. Unos 8,000 productores independientes ocupaban la mayoría de la tierra (5.6 millones de ha) mientras que 1,039 haciendas con colonos tenían 2.2 millones de ha (MACA *et al.* 1985). Tanto los productores independientes como las haciendas se concentraron en las áreas más próximas a las poblaciones urbanas y a los poblados donde se instalaron industrias artesanales de transformación de materias primas agropecuarias (principalmente de azúcar, alcohol y cueros) (Arrieta *et al.* 1990). Según el mencionado Censo, las tierras comunales (indígenas) solo ocupaban 40,000 ha pero esa cifra, contrastada con los datos actuales, subestimó de manera significativa la superficie bajo posesión de las poblaciones indígenas.

3. Tendencias demográficas y patrones de poblamiento

Tres aspectos caracterizaron la estructura poblacional hacia 1950: (i) la distribución asimétrica de la población entre el occidente y el oriente; (ii) el carácter rural de la sociedad; y (iii) los moderados procesos de urbanización. Esta situación era el reflejo, por un lado, de la concentración de las actividades económicas en el occidente del país por la influencia de la minería y de las actividades vinculadas a los complejos mineros y, por otro lado, de un patrón histórico de poblamiento en la zona andina. De manera indirecta, también era una expresión del limitado crecimiento económico en el oriente del país, asociado con el escaso desarrollo de la agricultura y de las actividades de procesamiento artesanal en esa región.

En 1950, el 86% de la población nacional (2.5 millones de habitantes) vivía en el área andina¹, de la cual casi dos tercios

1 La información sobre población de este apartado proviene del Censo Nacional de Población de 1950.

estaba concentrada en el Altiplano. La población rural era la mayoritaria (63% en el Altiplano y 72% en los Valles)². Las densidades poblacionales en el Altiplano (9.9 habitantes por km²) eran significativamente mayores que en los Valles (5.5 habitantes por km²) (ver Cuadro 8 en Anexo).

Los procesos incipientes de urbanización eran más acentuados en el Altiplano, donde residía el 61% de la población urbana del país. Es así que, entre 1900 y 1952, la tasa de crecimiento urbano fue mayor que la del crecimiento rural sólo en las ciudades de La Paz, Oruro y Cochabamba (Arze 1979:99). Ese fenómeno se explica por la expansión de la producción estañífera y la orientación del sistema de transporte que favorecieron al desarrollo de centros urbanos articulados a los canales de distribución de los bienes importados y a los servicios que demandaban los mercados mineros. En ese contexto, la ciudad de La Paz tuvo mayor predominio por su papel articulador de las redes comerciales (Reye 1970:10-17).

Sólo el 14% de la población nacional (425,000 personas) vivía en las tierras bajas del país, correspondiendo a una densidad promedio de 0.4 habitantes por km², y de esa población aproximadamente dos tercios habitaba en el departamento de Santa Cruz. Los pocos centros poblados existentes estaban rodeados por amplios territorios casi despoblados y, los mismos no contaban con sistemas de transporte terrestre que los conectaran entre sí y menos aún con los principales mercados del área occidental del país (Ibid:19-20).

Los datos disponibles sobre los desplazamientos espaciales de la población rural en esta época son bastante deficientes. Pese a ello, puede afirmarse que éstos no fueron muy extendidos. Tanto la comunidad indígena como el sistema hacendal retuvieron a la

2 El Censo de 1950 consideraba como población urbana a los núcleos poblados de más de 5,000 habitantes.

población en las regiones andinas de antiguo poblamiento. Los escasos movimientos que se produjeron estuvieron relacionados con: (i) la subdivisión de las parcelas en las comunidades por el crecimiento del número de productores independientes, razón por la cual una cierta proporción de población comenzó a migrar hacia las haciendas más o menos cercanas para acceder al usufructo de tierras; y (ii) la actividad minera generó un mercado de trabajo que se aprovisionaba de mano de obra procedente de áreas rurales andinas con excedentes poblacionales (Fernández *et al.* 1991; Klein 1982). En esta época, las tierras bajas no se constituyeron en áreas de atracción de población, principalmente por la deficiente infraestructura de transporte que limitaba el acceso a las tierras forestales.

Entre 1920 y 1950 hubo algunos intentos gubernamentales para promover la migración hacia el oriente, pero éstos no fructificaron. En 1920, el Ejército impulsó acciones de colonización en el Chapare, en la localidad de Todos Santos. Después hubo un proceso de inmigración en las inmediaciones de Villa Tunari, entre 1937 y 1946, pero en 1946 el camino fue destruido por inundaciones y Todos Santos quedó aislado (dicho tramo posteriormente no fue reconstruido). Además, los daños que éstas provocaron a las propiedades desalentaron intentos posteriores de colonización y el número de personas asentadas en la zona se redujo de 3,000 a 300. Poco después, la apertura del camino entre Coroico y Caranavi en los Yungas de La Paz permitió el asentamiento espontáneo de aproximadamente 500 colonos en aquella área (Nelson 1977:129).

En resumen, además de las rigideces impuestas por el sistema hacendal que inmovilizaron la mano de obra, tampoco existían condiciones que impulsaran a la población a migrar hacia las tierras bajas debido a la ausencia de rutas de penetración estables hacia el oriente. La baja movilidad de la mano de obra en el occidente y las limitadas acciones estatales para promover la colonización en las tierras bajas limitaron en extremo las migraciones



hacia las tierras forestales, frenando, a su vez, las presiones sobre los bosques.

4. Los mercados de alimentos

Históricamente, los mercados domésticos de alimentos en Bolivia fueron muy reducidos. Los principales mercados de alimentos estaban constituidos por las ciudades capitales de occidente y los poblados urbanos emplazados en los complejos mineros, los cuales eran mercados bastante pequeños. La población urbana total era de poco más de un millón de personas, y de ella una proporción significativa vivía en poblados provinciales que tenían lógicas muy locales de aprovisionamiento de alimentos. Otro factor que impedía el crecimiento de la demanda de alimentos eran los bajos niveles de ingreso monetario de la población urbana y los bajos salarios de la población empleada en los centros mineros, que limitaron su capacidad de compra.

No sólo fue reducido el mercado doméstico de alimentos, sino que una parte importante de ese mercado fue abastecido desde fuera del país. Entre 1910 y 1920, las importaciones agropecuarias, incluyendo materias primas de origen agropecuario para la industria, representaron alrededor del 25% del total de las importaciones. Este porcentaje bajó a 21% entre 1920 y 1925, pero luego volvió a subir durante la década de los años 40 hasta un 38%. En valores constantes las importaciones agropecuarias anuales fueron tres veces más altas en los años 40 de lo que habían sido en la segunda mitad de los años 20 (ver Cuadro 2.2).

En el área rural, el hecho de que una importante proporción de los productores rurales se mantenía en esquemas de autoconsumo limitó bastante el crecimiento del mercado interno. Tanto en las comunidades indígenas tradicionales como entre los colonos de las haciendas predominaban patrones de producción no mercantiles, y estos grupos sólo se integraron marginalmente a la economía monetaria (CEPAL 1982:43-48).



CUADRO 2.2

Importaciones totales y de alimentos, 1925-1949

	Promedio anual		
	1925-29	1930-39	1940-49
Valores (Bs. de 1937)			
Total importaciones	51,482	49,832	82,289
Total de origen agropecuario (a)	10,850	11,799	30,914
Total alimentos (b)	9,216	9,171	25,350
Alimentos básicos (c)	6,057	6,370	12,842
Ganado y carne	920	1,306	6,064
Oleaginosas	406	348	2,292
Participación (en %)			
Importaciones agropecuarias/Totales	21.27	24.49	37.70
Importaciones de alimentos/Totales	18.07	18.80	30.95

Notas: a. Incluye alimentos y materias primas de origen agropecuario; b. Incluye sólo alimentos, materia prima para alimentos y ganado en pie; c. Incluye trigo, harina de trigo, arroz y azúcar
Fuente: Dandler (1984). Elaboración propia.

De los alimentos importados, una importante proporción constaba de productos de origen sub-tropical y tropical (arroz, azúcar y carne). La magnitud de estas importaciones desincentivó de manera importante la oferta interna de estos bienes, que eran producidos principalmente en el departamento de Santa Cruz. La producción interna fue desplazada porque resultaba más barato importar estos bienes debido a los altos costos de transporte que suponía trasladarlos desde las zonas productoras del oriente hacia los mercados de occidente por la falta de una infraestructura adecuada de transporte (Dandler *et al.* 1987; Ibarnegaray 1992). En consecuencia, los productores de estos rubros en las tierras bajas buscaron refugio en los estrechos mercados regionales que presentaban muy bajos índices de crecimiento (Gill 1987a). La virtual ausencia de incentivos para que los productores realizaran inversiones en desbosque para incrementar las superficies cul-



tivadas explica por qué la conversión de bosques a la agricultura se mantuvo en niveles bastante bajos.

5. El desempeño productivo de las tierras bajas

La desarticulación interna de los mercados agropecuarios, los precios deprimidos de los alimentos y la competencia de las importaciones fueron factores que inhibieron el desarrollo de la agricultura y la ganadería en el oriente del país y, por consiguiente, la conversión de bosques para esos propósitos puesto que no había incentivos para que los agricultores realizaran inversiones en desbosque de tierras (Arrieta *et al.* 1990). En el ámbito de la producción, ello también se reflejó en la escasa innovación de las técnicas de explotación que conservaron su carácter rudimentario y en el hecho que las superficies cultivadas en las haciendas permanecieron en niveles reducidos (Reye 1970). Por lo mismo, las actividades agrícolas se expandieron muy lentamente y es posible admitir que el aprovechamiento forestal era bastante limitado.

De acuerdo al Censo Agropecuario de 1950, para ese año la superficie cultivada en el conjunto de las tierras bajas fue de aproximadamente 91,000 ha, es decir, sólo el 13.92 % de las superficies cultivadas de todo el país se localizaba en el oriente, lo que reflejaba su bajo aporte a la oferta alimentaria nacional. Los cultivos más importantes sembrados en áreas sub-tropicales o tropicales fueron: maíz (26,100 ha cultivadas); arroz (12,900 ha); caña de azúcar (7,200 ha); y yuca (6,700 ha) (ver Cuadro 2.3). La información disponible no permite conocer la participación de los diferentes tipos de productores en las superficies cultivadas.

Al interior de las tierras bajas, la región con mayor desarrollo relativo de la agricultura fue la de los llanos cruceños, donde la superficie cultivada era de aproximadamente 19,300 ha con los cultivos de arroz, caña de azúcar, maíz y yuca. En esa región,





el cultivo de la caña de azúcar adquirió mayor peso relativo por la presencia del ingenio “La Esperanza”, instalado en el departamento de Santa Cruz en 1939. Es recién a principios de los '50 que empezaron a llegar algunos capitales nacionales externos a la región para ampliar las superficies de caña de azúcar y otros cultivos menores (Ibarnegaray 1992). Algunas evidencias sugieren que la extracción maderera era una actividad todavía incipiente. Los registros de impuestos municipales indican que en 1941 se enviaron a la ciudad de Santa Cruz 315,000 pies cuadrados de madera aserrada de las provincias de Warnes, Montero y Saavedra (Quiroga y Salinas 1996:121).

A partir de los años 40 se evidenció un ligero crecimiento de las superficies cultivadas en las áreas de los Yungas y el Chapare, aunque en magnitudes absolutas todavía bastante reducidas. En los Yungas del departamento de La Paz, esta expansión se debió a la afluencia poblacional estimulada por la apertura del camino Coroico-Caranavi, que llevó a que, en 1950, la superficie cultivada con coca, maíz, arroz y café fuera de unas 15,800 ha. En las áreas tropicales de Cochabamba ocurrió un fenómeno parecido como resultado de la construcción del camino a Todos Santos y ya para el mismo año los colonizadores en esa zona habían alcanzado a cultivar una superficie de 16,100 ha, principalmente con cultivos de maíz y coca.

La región de los Llanos benianos era esencialmente ganadera debido a la disponibilidad de pasturas naturales. En 1950, esta región concentraba más de la mitad del hato de ganado bovino de las tierras bajas (60%), con un total de 698,000 cabezas. Las otras regiones ganaderas de importancia fueron la del Chaco, con 262,000 cabezas, y la Chiquitania, con 117,000 cabezas. En su conjunto, la población bovina de las tierras bajas representaba el 53.03% del total nacional. La actividad pecuaria no representaba una amenaza de eliminación de cobertura boscosa por lo limitado de sus mercados y porque las pasturas naturales del Beni podían soportar una carga animal mayor de la existente.



CUADRO 2.3
Superficies cultivadas de productos seleccionados por regiones, 1950

	Yungas	Chapare	Llanos cruceños	Chiquitania	Amazonia	Llanos benianos	Chaco	Total tierras bajas	Total nacional	Particip. tierras bajas (%)
Superficie total con cultivos (ha)	15,803	16,132	19,358	10,517	5,319	9,072	14,891	91,094	654,257	13.92
Participación por regiones (%)	17.35	17.71	21.25	11.55	5.84	9.96	16.35	100.00		
Superficie de cultivos seleccionados (ha)										
• Maíz	1,765	2,599	3,399	3,696	1,184	1,644	11,869	26,160	118,232	22.13
• Maní	45	---	47	172	13	12	61	352	1,241	28.37
• Arroz	776	378	4,913	2,851	1,636	2,303	52	12,910	15,602	82.75
• Coca	2,753	1,257	---	---	1	---	---	4,012	4,388	91.43
• Caña de azúcar	173	83	3,757	1,452	174	1,055	462	7,158	13,720	52.18
• Yuca	530	571	2,218	1,292	800	1,091	261	6,766	8,178	82.73
• Algodón	3	3	11	86	9	46	10	170	213	80.01
• Café	619	37	1,050	32	206	679	14	2,640	3,395	77.77
Total seleccionados	6,669	4,930	15,397	9,582	4,027	6,833	12,731	60,172	164,973	36.47
Participación por regiones (%)	11.08	8.19	25.59	15.93	6.69	11.36	21.16	100.00		
Cultivos seleccionados/Total (%)	42.20	30.56	79.54	91.11	75.70	75.32	85.50	66.06	25.22	
Existencias ganado vacuno (cabezas)	9,943	---	76,506	117,946	15,402	698,668	262,347	1,180,812	2,226,629	53.03
Participación por regiones (%)	0.8	0.0	6.5	10.0	1.3	59.2	22.2	100.0		

Fuente: MACA/INE/FAO (1985). Elaboración propia.



En la Amazonia, los procesos de ocupación y de aprovechamiento de los recursos siguieron una dinámica diferente. Desde fines del siglo pasado se instaló una economía típica de enclave estimulada por los altos precios internacionales de caucho en una época de demanda ascendente, que absorbió importantes inversiones de capitales internacionales para sostener las operaciones extractivas. El auge de la economía gomera se situó entre 1900 y 1913. La vinculación de la producción amazónica con los mercados externos articuló importantes circuitos de abastecimiento de alimentos producidos en las llanuras cruceñas y benianas para el sustento de los trabajadores (Pacheco 1992). Varios miles de siringueros (no se conoce el número preciso) vivían dispersos en las áreas forestales donde estuvieron sometidos a un rígido sistema de *trabajo empatronado* y en las *barracas* se prohibieron las prácticas agrícolas de subsistencia, lo que ayudó a reproducir los mecanismos de dependencia de los trabajadores con los patrones (Assies 1997; Stoian y Henkemans 1997).

Hacia fines de la década de 1910, la economía gomera experimentó una de sus primeras crisis debido a la competencia que representó la producción gomera de las plantaciones del sudeste asiático. Ello llevó a reacomodos en el sistema de barracas, las que enfrentaron parcialmente el ambiente recesivo permitiendo la producción de alimentos, en las áreas cercanas a los centros de consumo, aunque en una magnitud poco significativa. Este tipo de agricultura estuvo confinada al control monopolístico de los patrones. La segunda guerra mundial revitalizó los mercados para la goma natural de Bolivia, llevando al incremento de sus niveles de producción a niveles próximos a los alcanzados en los años del *boom* de principios de siglo (Pacheco 1992).

6. Los factores que limitaron la conversión de tierras forestales

En esta época, los factores que explican la baja presión sobre los bosques de las tierras bajas estuvieron asociados con las con-



diciones que limitaron el desarrollo de la agricultura. Entre ellos están los siguientes:

En primer lugar, la economía minera promovió la conexión vial de los complejos mineros con los puertos de exportación, lo que reforzó la desarticulación territorial de las tierras bajas con relación a los principales centros de consumo que estaban localizados en el occidente del país. Este sesgo en las políticas de desarrollo de la infraestructura de transporte, junto a una limitada capacidad de inversión pública para la construcción de caminos, perpetuaron la desvinculación de las tierras bajas con el área andina. La única ruta de transporte entre occidente y oriente (el camino entre las ciudades de Cochabamba y Santa Cruz) era poco estable e intransitable una parte del año, lo que encarecía los costos de transporte para el traslado de bienes desde las áreas productoras de las tierras bajas hacia los centros urbanos de occidente.

En segundo lugar, las características del sistema de transporte asociado con la economía minera redujeron los costos de transporte para la importación de productos alimenticios para el abastecimiento interno. Además, las políticas comerciales e impositivas estimularon la importación de productos de origen tropical y subtropical (arroz, azúcar, aceites vegetal y ganado). Esas importaciones compitieron fuertemente con la producción interna, desestimulando la expansión de las superficies cultivadas y el crecimiento de la población ganadera, y con ello limitaron fuertemente el desarrollo de la base de la estructura productiva en las tierras bajas.

En tercer lugar, la demanda por bienes agropecuarios y forestales estuvo bastante limitada por el pequeño tamaño del mercado interno y por los bajos niveles de ingreso de la población que vivía en las capitales de departamento y en los centros mineros. Además, su crecimiento se encontró frenado por el bajo nivel de monetización de los productores del área rural debido al importante peso de las economías de subsistencia.

En cuarto lugar, los movimientos poblacionales fueron bastante limitados debido principalmente a la naturaleza del sis-



tema de haciendas que restringió la movilidad de la población campesina y los desplazamientos de mano de obra que se produjeron tuvieron como principal destino a los centros mineros. Tampoco existían condiciones que impulsaran a la población a migrar hacia las tierras bajas debido al poco desarrollo de la infraestructura de transporte y la virtual ausencia de políticas estatales de colonización.

En quinto lugar, como producto de todo lo anterior, la agricultura de las tierras bajas tuvo que refugiarse en el abastecimiento de los pequeños mercados regionales con productos de baja rentabilidad, lo cual favoreció la persistencia de una estructura hacendal basada en relaciones servidumbrales. Los sistemas de producción eran bastante rudimentarios y los productores agropecuarios no tenían incentivos para invertir en el mejoramiento tecnológico ni en la apertura de nuevas tierras. Por lo mismo, en esta época, no existieron presiones importantes para el crecimiento de la frontera agrícola sobre los bosques.

